

—«*Les Vivants*—sus diez o doce historias son pinturas de lo humano, de lo vivo, destellando con tanta realidad que se salen de las páginas y empiezan a rodear, con todo su paisaje, el embebido lector. Pocos escritores actuales tienen, como Arland, la capacidad de dar vida a sus personajes. Es un acierto el rótulo de este conjunto de escenas, que no pueden llamarse novelas, ni cuentos, sino esa difícilmente traducible palabra, que se nos antoja la más apta para denominarlos: *récits*. Tal vez la traducción más próxima se exprese con la palabra «relato».

Septiembre

□ Un mico danza y se mece por las ramas. Despierta la primavera y no hay pájaro que no se sienta afinado y con aptitudes cantoras. Los poetas *ad usum delphini* (léase vulgo), inician sus versopeas evanescentes. Lo raro de todos los años, por esta época, es que la primavera, al encontrarse con tantas quintillas y endechas, no dé media vuelta, se envuelva en un nublado y se largue con viento fresco.

Hay un revuelo de harapos bajo la brisa y las muchachas miran de frente al sol, como dicen que hacía Napoleón Bonaparte. (Cuidado con la pintura. No vayamos a ingresar en la cofradía de los rimadores). Late un no se sabe qué por todos los rincones del campo y las praderas esperan ser apisonadas por rodar de cuerpos bajo la siesta luminosa. Sin embargo, las praderas se quedan tan tranquilas y en los salones de té y en los zaguanes de los grandes hoteles, las butacas de todo el invierno siguen siendo ocupadas por las mismas gentes de ayer, sin abrigos ahora.

Bueno sería poner carteles por las calles, advirtiendo: Ha llegado la primavera. Déense cuenta, todo es gratis.

Y si la última palabra estuviese con letras un poco mayores, quizá el nuevo sol tendría la satisfacción de no desperdiciar la mitad de sus rayos. Pero de otra manera.—JOAN DE SELVAS.